

Alfonsina Storni

Languidez



GENIO MALIGNO

ALFONSINA STORNI

Languidez

GENIO MALIGNO

Languidez, de Alfonsina Storni.

Esta obra se encuentra en dominio público en la República Argentina (Ley 11.723). Última muerte relevante: 1938. Dominio público en Argentina desde el 1/1/2009.

Texto tomado de Wikisource en español: <https://es.wikisource.org/wiki/Languidez>. La transcripción de Wikisource se distribuye bajo licencia Creative Commons Atribución-CompartirIgual 4.0.

Edición digital: Genio Maligno, biblioteca de dominio público. geniomaligno.com.ar

El silencio

¿Nunca habéis inquirido
Por qué, mundo tras mundo.
Por el cielo profundo
Van pasando sin ruido?

Ellos, los que traspiran
Las cosas absolutas.
Por sus azules rutas
Siempre callados giran.

Sólo el hombre, pequeño.
Cuyo humano latido
En la tierra, es un sueño,
¡Sólo el hombre hace ruido!

Mi hermana

Son las diez de la noche; en el cuarto en penumbra
Mi hermana está dormida, las manos sobre el pecho;
Es muy blanca su cara y es muy blanco su lecho.
Como si comprendiera la luz casi no alumbra.

En el lecho se hunde a modo de los frutos
Rosados, en un hondo colchón de suave pasto.
Entra el aire a su pecho y levántalo casto
Con su ritmo midiendo los fugaces minutos.

La arropo dulcemente con las blancas cubiertas
Y protejo del aire sus dos manos divinas;
Caminando en puntillas cierro todas las puertas,
Entorno los postigos y corro las cortinas.

Hay mucho ruido afuera, ahoga tanto ruido.
Los hombres se querellan, murmuran las mujeres
Suben palabras de odio, gritos de mercaderes:
Oh, voces, deteneos. No entréis hasta su nido.

Mi hermana está tejiendo como un hábil gusano
Su capullo de seda: su capullo es un sueño.
Ella con hilo de oro teje el copo sedero:
Primavera es su vida. Yo ya soy el verano.

Cuenta sólo con quince octubres en los ojos,
Y por eso los ojos son tan limpios y claros:
Cree que las cigüeñas, desde países raros,
Bajan con rubios niños de piececitos rojos.

¿Quién quiere entrar ahora? Oh ¿eres tú, buen viento?
¿Quieres mirarla? Pasa. Pero antes, en mi frente
Entíbiate un instante; no vayas de repente
A enfriar el manso sueño que en la suya presiente.

Como tú, bien quisieran entrar ellos y estarse
Mirando esa blancura, esas pulcras mejillas,
Esas finas ojeras, esas líneas sencillas.
Tú los verías, viento, llorar y arrodillarse.

Ah, si la amáis un día sed buenos, porque huye
De la luz si la hiere. Cuidad vuestra palabra,
Y la intención. Su alma, como cera se labra,
Pero como a la cera el roce la destruye.

Haced como esa estrella que de noche la mira
Filtrando el ojo de oro por cristalino velo:
Esa estrella le roza las pestañas y gira,
Para no despertarla, silenciosa en el cielo.

Volad si os es posible por su nevado huerto:
¡Piedad para su alma! Ella es inmaculada.
¡Piedad para su alma! Yo lo sé todo, es cierto,
Pero ella es como el cielo: ella no sabe nada.

Siesta

Sobre la tierra seca
El sol quemando cae:
Zumban los moscardones
Y las grietas se abren...
El viento no se mueve.
Desde la tierra sale
Un vaho como de horno;
Se abochorna la tarde
Y resopla cocida
Bajo el plomo del aire...
Ahogo, pesadez,
Cielo blanco; ni un ave.

Se oye un pequeño ruido:
Entre las pajas mueve
Su cuerpo amosaicado
Una larga serpiente.
Ondula con dulzura.
Por las piedras calientes

Se desliza, pesada,
Después de su banquete
De dulces y pequeños
Pájaros aflautados
Que le abultan el vientre.

Se enrosca poco a poco,
Muy pesada y muy blanda,
Poco a poco se duerme
Bajo la tarde blanca.
¿Hasta cuándo su sueño?
Ya no se escucha nada.
Larga siesta de víbora
Duerme también mi alma.

En una primavera

¿Dónde estará el amigo que me dijo,
Acariciando su nevada barba:
Pequeña de ojos claros, ten cuidado,
Tu corazón ampara.

—Las primaveras al marcharse dejan
Las lloviznas de otoño preparadas...
Pequeña vé despacio, mucho juicio,
No te quemen tus llamas.

Estaba yo a sus pies humildemente.
Humildemente y toda yo temblaba...
—Cómo cantan los pájaros le dije,
Cómo es de fresca el agua!

Sobre mí frente, espejo de tormentas,
Se detuvieron sus dos manos mangas;
Se inclinó sobre mí con un susurro:
Pobrecita muchacha...

Un día

Andas por esos mundos como yo; no me digas
Que no existes, existes, nos hemos de encontrar;
No nos conoceremos, disfrazados y torpes,
Por los anchos caminos echaremos a andar.

No nos conoceremos, distantes uno de otro
Sentirás mis suspiros y te oiré suspirar.
¿Dónde estará la boca, la boca que suspira?
Diremos, el camino volviendo a desandar.

Quizá nos encontremos frente a frente algún día,
Quizá nuestros disfraces nos logremos quitar.
Y ahora me pregunto... Cuando ocurra, si ocurre,
¿Sabré yo de suspiros, sabrás tú suspirar?

Carta lírica a otra mujer

Vuestro nombre no sé, ni vuestro rostro conozco yo, y os imagino blanca, débil como los brotes iniciales, pequeña, dulce... Ya ni sé... Divina, en vuestros ojos, placidez de lago que se abandona al sol y dulcemente le absorbe su oro mientras todo calla. Y vuestras manos, finas, como aqueste dolor, el mío, que se alarga, se alarga, y luego se me muere y se concluye así, como lo veis, en algún verso. Ah, ¿sois así? Decidme si en la boca tenéis un rumoroso colmenero, si las orejas vuestras son a modo de pétalos de rosa ahuecados... Decidme si lloráis, humildemente, mirando las estrellas tan lejanas y si en las manos tibias se os duermen palomas blancas y canarios de oro. Porque todo eso y más, vos sois, sin duda vos, que tenéis al hombre que adoraba entre las manos dulces, vos la bella que habéis matado, sin saberlo acaso, toda esperanza en mí... Vos, su criatura. Porque él es todo vuestro: cuerpo y alma estáis gustando del amor secreto que guardé silencioso... Dios lo sabe por qué, que yo no alcanzo a penetrarlo. Os lo confieso que una vez estuvo tan cerca de mi brazo, que a extenderlo acaso mía aquella dicha vuestra me fuera ahora... ¡Sí!, acaso mía... Mas ved, estaba el alma tan gastada que el brazo mío no alcanzó a extenderse: la sed divina, contenida entonces, me pulió el alma....¡Y él ha sido vuestro!

¿Comprendéis bien? Ahora, en vuestros brazos él se estremece y le decís palabras pequeñas y menudas que semejan pétalos volanderos y muy blancos. Acaso un niño rubio vendrá luego a copiar en los ojos inocentes los ojos vuestros y los de él unidos en un espejo azul y cristalino... ¡Oh, ceñidle la frente! ¡Era tan amplia! Arrancaban tan firmes los cabellos a grandes ondas, que a tenerla cerca, no hiciera yo otra cosa que ceñirla! Luego dejad que en vuestras manos vaguen los labios suyos; él me dijo un día que nada era tan dulce al alma suya como besar las femeninas manos... Y acaso, alguna vez, yo, la que anduve vagando por afuera de la vida, —como aquellos filósofos mendigos que van a las ventanas señoriales a mirar sin envidia toda fiesta- me allegue humildemente a vuestro lado y con palabras quedas, susurrantes, os pida vuestras manos un momento, para besarlas, yo, cómo él las besa... Y al recubrirlas, lenta, lentamente, vaya pensando: aquí se aposentaron ¿cuánto tiempo, sus labios, cuánto tiempo en las divinas manos que son suyas? Oh, qué amargo deleite, este deleite de buscar huellas suyas y seguirlas sobre las manos vuestras tan sedosas, tan finas, con las venas tan azules! Oh, que nada podría, ni ser suya, ni dominarle el alma, ni tenerlo rendido aquí a mis pies, recompensarme este horrible deleite de ser mío un inefable, apasionado rastro. Y allí en vos misma, sí, pues sois barrera, barrera ardiente, viva, que al tocarla ya me remueve este cansancio amargo, este silencio de alma en que me escudo, este dolor mortal en que me abismo esta inmovilidad del sentimiento, que sólo salta bruscamente cuando nada es posible!

Esta tarde

Ahora quiero amar algo lejano...

Algún hombre divino

Que sea como un ave por lo dulce,

Que haya habido mujeres infinitas

Y sepa de otras tierras, y florezca

La palabra en sus labios, perfumada:

Suerte de selva virgen bajo el viento...

Y quiero amarlo ahora. Está la tarde

Blanda y tranquila como espeso musgo,

Tiembla mi boca y mis dedos finos,

Se deshacen mis trenzas poco a poco.

Siento un vago rumor... Toda la tierra

Está cantando dulcemente... Lejos

Los bosques se han cargado de corolas,

Desbordan los arroyos de sus cauces

Y las aguas se filtran en la tierra

Así como mis ojos en los ojos

Que estoy sonaño embelesada...

Pero

Ya está bajando el sol de los montes,
Las aves se acurrucan en sus nidos,
La tarde ha de morir y él está lejos...
Lejos como este sol que para nunca
Se marcha y me abandona, con las manos
Hundidas en las trenzas, con la boca
Húmeda y temblorosa, con el alma
Sutilizada, ardida en la esperanza
De este amor infinito que me vuelve
Dulce y hermosa...

Miedo

Estréchame en tus brazos como una golondrina,
Y dime la palabra, la palabra divina
Que encuentre en mis oídos dulcísimo acomodo.

Háblame amor, arrúllame, dame el mejor apodo,
Besa mis pobres manos, acaricia fina
Mata de mis cabellos, y olvidaré, mezquina,
Que soy, oh cielo eterno, solo un poco de lodo.

Es tan mala la vida! andan sueltas las fieras!...
Oh, no he tenido nunca las bellas primaveras
Que tienen las mujeres cuando todo lo ignoran.

En tus brazos, amado, quiero soñar en ellos,
Mientras tus manos blancas suavizan mis cabellos,
Mientras mis labios besan, mientras mis ojos lloran.

La mirada

Mañana, bajo el peso de los años,
Las buenas gentes me verán pasar,
Mas bajo el peño oscuro y la piel mate
Algo del muerto fuego asomará.

Y oiré decir: ¿quién es esa que ahora
Pasa? Y alguna voz contestará:
-Allá en sus buenos tiempos
Hacía versos. Hace mucho ya.

Y yo tendré mi cabellera blanca,
Los ojos limpios, y en mi boca habrá
Una gran placidez y mi sonrisa
Oyendo aquéllo no se apagará.

Seguiré mi camino lentamente,
Mi mirada a los ojos mirará,
Irá muy hondo la mirada mía,
Y alguien, en el montón, comprenderá.

El canal

En la dulce fragancia
De la dulce San Juan,
Recuerdos de mi infancia
Enredados están.

Mi casa hacia los fondos
Tendía su vergel;
Allí canales hondos
Entre abejas y miel.

De enrojecidas ondas
Y pequeño caudal
Era el mío, entre frondas,
Predilecto canal.

Vagas melancolías
Llevábanme a buscar
En los oscuros días
Aquel dulce lugar.

Barquitos trabajaba
En nevado papel
Y en el agua soltaba
Tan menudo bajel.

Y navegaban hasta
Que un recodo fugaz
Se interponía: ¡basta!
No los veía más.

Y al perder mi barquito
Solíanme embargar
Ideas de infinito
Y rompía a llorar.

Niña: ya presentías
Lo que ocurrir debió:
Todo, por otras vías,
Se ha ido y no volvió.

Queja

Pobre de mí que habré de ver
Mil soles más amanecer.

Mil soles más me alumbrarán,
Mil soles más se dormirán.

¿Y para qué si te perdí,
Yo que al amarte te mordí...?

¿Y para qué si no serás
El agua mía nunca más?

¿Y para qué, si por ahí
Están las rosas que te di?

¿Y para qué si fuí después
Ovillo blando de tus pies?

¿Y para qué si al corazón
Le has puesto garras de león?

¿Y para qué? ¿Y para qué?

Si moriré....

El ruego

De mis pesares Duélete hermosa,
Y cariñosa
Paga mi amor.
Mira cual sufro Por tu hermosura
Angustia dura
Pena y dolor.
¿Quién ¡ay! resiste Cuando le miras,
Y fuego inspiras
Al corazón?
Cuando tu seno Blando palpita
¿En quién no excita
Plácido ardor?
Secreto afecto Me enardeciera
La vez primera
Que yo te vi.
Tu habla divina Sonó en mi oído,
Y conmovido

Me estremecí.
De amor el fuego Corre en mis venas...
Si... de mis penas
Ten ¡ay! piedad.
Tenla... un afecto Puro, sencillo,
Releva el brillo
De la beldad.

(1822.)

Buenos Aires

Que tiene grandes las piernas,
Grandes los pies y las manos
Y pequeña la cabeza.

(Gigante que está sentado
Con un río a su derecha,
Los pies monstruosos movibles
Y la mirada en pereza.)

En sus dos ojos, mosaicos
De colores, se reflejan
Las cúpulas y las luces
De ciudades europeas.

Bajo sus pies, todavía
Están calientes las huellas
De los viejos querandíes
De boleadoras y flechas.

Por eso cuando los nervios
Se le ponen en tormenta

Siente que los muertos indios
Se le suben por las piernas.

Choca este soplo que sube
Por sus pies, desde la tierra,
Con el mosaico europeo
Que en los grandes ojos lleva.

Entonces sus duras manos
Se crispan, vacilan, tiemblan,
¡A igual distancia tendidas
De los pies y la cabeza!

Sorda esta lucha por dentro
Le está restando sus fuerzas,
Por eso sus ojos miran
Todavía con pereza.

Pero tras ellos, velados,
Rasguña la inteligencia
Y ya se le agranda el cráneo
Pujando de adentro afuera.

Como de mujer encinta
No fíes en la indolencia
De este hombre que está sentado
Con el Plata a su derecha.

Mira que tiene en la boca
Una sonrisa traviesa,

Y abarca en dos golpes de ojo
Toda la costa de América.

Ponle muy cerca el oído:
Golpeando están sus arterias:
¡Ay, si algún día le crece
Como los pies, la cabeza!

Índice

El silencio	4
Mi hermana	5
Siesta	8
En una primavera	10
Un día	11
Carta lírica a otra mujer	12
Esta tarde	14
Miedo	16
La mirada	17
El canal	18
Queja	20
El ruego	22
Buenos Aires	24